

otros que no sabemos ni podemos describirla, preferimos enmudecer antes que empañarla y destruirla.

Un momento pasó, y se oyó un grito bronco, estentóreo, fiero.

—¿Hemos de esperar la noche aquí?

Jesucristo dijo entonces con infinita resignacion, con indefinible ternura:

—¡Vamos al sacrificio, Madre mia!

La Virgen Madre y sus desoladas compañeras, como asimismo el tierno y fidelísimo Juan, exhalaban un hondo gemido, mientras que la comitiva emprendía otra vez la fatigosa marcha.

Y llegaron á la puerta Judiciaria, y allí otra vez el cuerpo del Salvador dió en tierra, quedando por largos momentos sin sentido. Su inconsolable Madre exhaló un grito desgarrador, y en compañía de Magdalena precipitóse sobre la divina humanidad, para auxiliarla, mas los verdugos rechazaron á María y á su compañera, con un gesto altanero y brusco, que no daba lugar á la menor duda sobre sus intenciones.

María en fuerza del dolor reclinóse entre los brazos de la pecadora arrepentida, porque si no lo hiciera así, era evidente que iba tambien á dar con su cuerpo virginal en tierra.

CAPITULO III.

En la cumbre del Gólgota.

Durante un largo intervalo, María absorbida por la plenitud de su dolor, no supo darse cuenta de nada. La escena de la terrible caída de Cristo, y la crueldad de sus

verdugos teníanla de tal modo horrorizada, y estremecida, y llena de afliccion, que á no sostenerla la gracia divina, allí mismo exhalara el postrimer aliento su alma tan sensible; como amante y compasiva.

Y mientras Juan y las santas mujeres venian en auxilio de la angustiada y desvanecida Madre, los soldados y los verdugos, que temian con fundamento muriera el Salvador antes de llegar á la cumbre del Calvario, si en el estado en que se hallaba le obligaban á subir con la cruz á cuestras la fatal y rápida pendiente, concibieron un medio para aliviarle de esta fatiga, no por compasion que de él tuvieran, sino para poder tener el gusto y el infernal placer de hacerle sufrir el sin fin de tormentos, que esperimentaban los condenados á morir en el bárbaro suplicio de la cruz.

Este medio ocurrido á los soldados del pretorio, era obligar á que otro ayudase á Cristo, á llevar el instrumento del suplicio que le aguardaba. Consultaron entre sí los verdugos este pensamiento, y siendo de la aprobacion de todos, y no hallando Cornelio dificultad alguna que oponer, apoderóse la soldadesca de un hombre ya entrado en edad, natural de Cirene en la Libia, y que habia salido á recoger leña al campo, al objeto de que no faltara á su familia durante los dias de la festividad de la Pascua.

Este hombre llamado Simon, venia en aquel momento cargado con un haz de leña, é iba á penetrar en la ciudad por la puerta Judiciaria, bien ajeno de pensar en la escena y en el espectáculo sangriento y aterrador que le esperaba.

Los soldados pretorianos le vieron, y pusieron en él los ojos, para obligarle á que ayudara al Salvador á llevar su

cruz hasta la cumbre del Gólgota. Escusábase Simon y protestaba de la violencia que se le hacia, pero como no habia escusa ni resistencia posible cuando los soldados de Roma mandaban, aunque por fuerza, hubo el Cireneo de prestarse á ayudar al Cristo. La intencion y los propósitos de los verdugos no eran escusar á Jesús del acto de llevar á cuestas el pesado madero, sino de mitigarle un poco la enorme é insoportable carga. Al efecto cargaron la cruz sobre los hombros débiles y temblorosos del Cristo, disponiendo que Simon cargara sobre los suyos el extremo de la cruz, que antes iba arrastrándose por el suelo, siendo una especie de punto de apoyo, para que el divino Redentor pudiera con mas facilidad guardar el equilibrio.

Hízose esta prueba, y los soldados vieron que de semejante manera Simon en vez de alijerarle la carga, se la hacia mas pesada é insoportable, toda vez que todo el peso de la cruz gravitaba sobre los hombros del Salvador, agravando mas y mas su estremada situacion.

El divino Cristo tambaleaba; la montaña del Gólgota, que pertenecia á la cadena de montañas que formaban el valle Gion, empezaba al pié de la puerta Judiciaria, y las fuerzas faltaban del todo al Redentor del mundo, y hasta el aliento le faltaba á veces. Los verdugos lo observaron, y sus temores de que muriera antes de llegar á la cumbre del Calvario fueron en aumento. Cornelio, que como sabemos, sentia una grande compasion por el Salvador; Cornelio que asistia á aquella escena, no por gusto, sino por deber, y que tan inclinado se hallaba á favorecer al Cristo en lo que posible le fuera, viendo la estenuacion de las fuerzas del Inocente por escelencia, pensó que era llegada la oportunidad de hacer algo en favor del Mesías, así es que tomando pié de su estenuacion y de su falta de fuer-

zas, dió la órden de que Simon Cireneo mayormente ayudara á llevar la pesada carga de la cruz, hasta llegar á la cima de la montaña.

La órden del Centurion Cornelio vióse obedecida, y Simon de Cirene procuró que particularmente cargara sobre sus robustos hombros la pesada cruz, y empezaron la rápida subida de la montaña. Jesús dijo al que le ayudara:

—Simon, no te aflijas por la violencia que se te hace, porque dia vendrá para tí en que bendigas el peso que oprime tus hombros, y en que te regocijes de haberme prestado, aunque por fuerza, tan gran servicio.

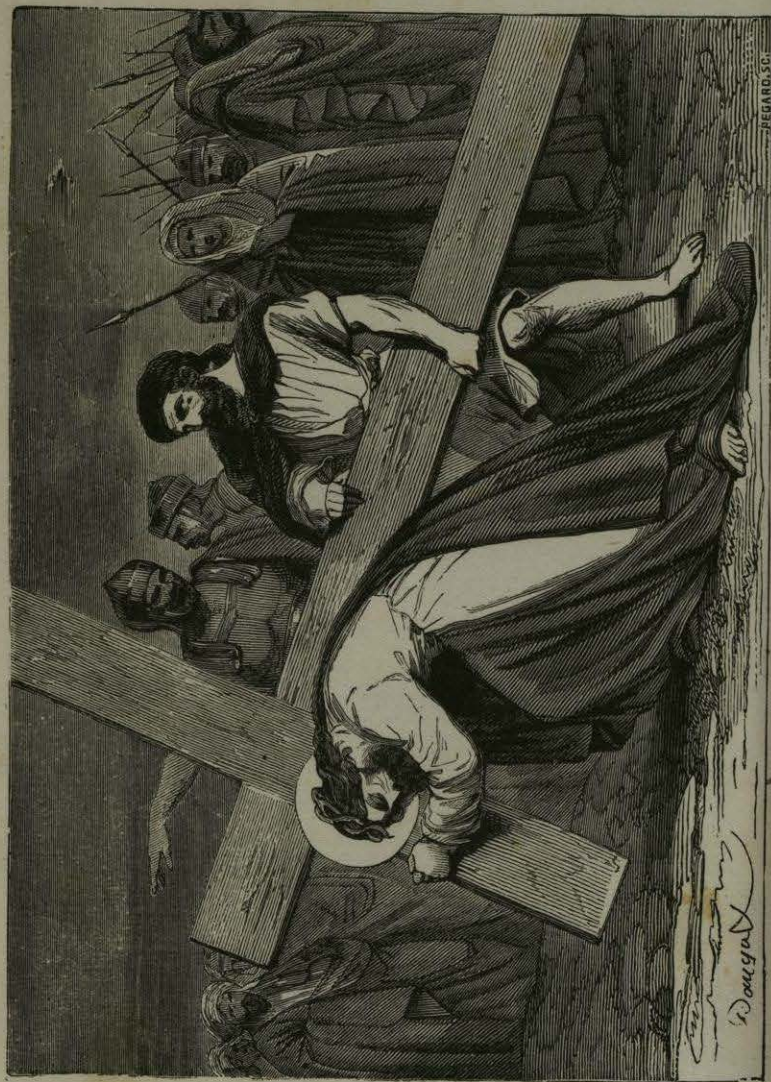
—¿Con qué puedes recompensarme tú, pobre condenado á morir en un patíbulo?— preguntóle triste y desconfiadamente el Cireneo.

—¿No existe acaso otra vida, Simon?— respondióle Jesús como reconviniéndole tiernamente, al mismo tiempo que inoculaba con su mirada el fuego del amor divino en el corazon del Cireneo.

Este sintióse conmovido y penetrado de aquel amor infinito que abrasa los pechos de los seres amantes de Dios, y por una misteriosa intuicion, conoció tal vez quien era el que iba á morir, y para que iba al patíbulo. Entonces Simon y Jesucristo cambiaron una mirada: aquella mirada era redentora, aquella mirada abria las puertas de la gloria al venturoso Cireneo.

—¡Oh! ¡cuán recompensado me hallo ya!— exclamó.

Desde entonces Simon, con una grande alegría hizo recaer sobre sí el peso de la cruz, en la cual habíase de inmolar al inocente Cordero por la salvacion de todo el mundo. María, la Madre del Redentor, andaba detrás de este grupo, acompañada de Juan y de las santas mujeres, que plañian con ella su horrendo infortunio.



Simon en vez de aligerarle la carga se la hacia mas pesada.

Y así fueron subiendo paso á paso por la rápida pendiente del Gólgota, sufriendo Jesús, suspirando su pobre Madre y sus amigas, y maldiciendo y jurando los enemigos del Cristo, hasta que por fin llegaron á la meseta que formaba el Calvario en su cumbre, pues allí el cortejo se detuvo, por haber llegado al lugar del sacrificio.

Simon dejó la cruz en tierra, besó con abundantes lágrimas una de las manos, que para bien de todos iban á ser traspasadas con clavos, y luego sollozando, dijo:

—No me olvides, Señor.

Jesucristo le bendijo, y Simon desapareció de la escena, porque su corazón se hallaba tan profundamente conmovido, que no tuvo fuerzas para permanecer allí por un momento más.

Mientras tanto los preparativos que en la cumbre del Gólgota se hacían eran terribles, crispaban los nervios, oprimían el corazón hasta el punto de ahogarlo. Tres cruces hallábanse extendidas sobre el suelo desigual y pedregoso, y ocho verdugos trabajaban con afán en la preparación de dos de ellas, que debían recibir desde luego los cuerpos de los ladrones. Estos horriblemente desencajados y temblorosos, miraban, ora la ciudad que desde aquel punto elevado se descubría con su admirable hermosura, ora el gentío desenfrenado que les rodeaba sin fijarse para nada en ellos y sin que de ninguno merecieran compasión, ora el instrumento cruel de su muerte. El espanto y el horror de aquellos dos infelices ladrones era de todo punto indescriptible... De pronto cuatro verdugos se acercaron á uno, mientras otros cuatro se dirigían al otro... Dimas y Gestas dieron un grito desesperado, horrible, pavoroso, al sentir que caía sobre sus hombros la mano pesada de los verdugos, y aunque se esforzaron desesperadamente por

resistir á la violencia, todos sus esfuerzos, todos sus gritos, todas sus contorsiones fueron inútiles... Los desapiados soldados arrastráronles al lugar donde las cruces esperaban, y para tenerles fijos, atáronles á ellas de manos y de piés... Algunos minutos después resonaban dos gritos horribles, gritos que no tiene la lengua humana frases para describirlos, mientras que una carcajada de parte de los verdugos los recibía; mientras que duros golpes de martillo resonaban hiriendo un largo clavo, que les hendía las carnes, los nervios, los huesos, hasta sujetarlos á la cruz, donde en tan fiero tormento debían espirar. Luego estas dos cruces fueron elevadas en alto... los ladrones gritaban con desesperación, retorciéndose sobre el instrumento de su muerte, suspiraban y gemían, sin llamar la atención de nadie, porque las fieras en forma humana que les rodeaban, tenían fija toda su atención en el objeto preferente de sus odios infernales, y de sus iras satánicas. Todos los enemigos del Cristo, rodeaban al Hijo de Dios con una complacencia tan repugnante, como las pasiones que les inspiraban y movían; en todos los rostros leíase la asquerosa satisfacción y alegría que llenaba sus corazones pudridos.

Aquel espectáculo era desolador, y debía ser mortal para la inmaculada y afligidísima Madre. El sacrificio iba á empezar, y María no tenía valor para presenciar el acto en que los hombres pecadores, traspasando con clavos las manos y los piés de Cristo el Redentor del mundo, le suspendieran de una cruz. El momento solemne se acercaba, y Jesucristo, que conocía tan bien el corazón tierno de su desolada Madre, envióle una mirada tiernísima y suplicante.

Con aquella mirada la decía:

— ¡Oh tú, la mas desconsolada de las mujeres! apártate un momento de aquí, porque la escena que va á tener lugar me dejaria, si tú la presenciaras, sin Madre, en los momentos en que mas necesito de su adhesion y de su ternura. Si tú mueres, Madre mia, ¿quién me enviará una gota de bálsamo con una mirada, durante las horas de agonía y abandono que me esperan?

María, la desolada María entendió perfectamente lo que significaba la mirada de su divino Hijo, y exhalando un prolongado y profundísimo suspiro, por medio del cual referia toda la amargura que se replegaba en su inmaculado pecho, á quien solo en la tierra era capaz de comprenderla en toda su pavorosa extension, separóse de allí con paso vacilante y trémulo, medio desmayada, y apoyándose en el brazo que la fidelísima Magdalena le presentaba. El cortejo de amigas que rodeaba á la Virgen de los dolores, no profirió una palabra siquiera. Su pena era demasiado profunda, demasiado terrible, para que la lengua tratara de profanarla con una palabra: el dolor de María merecia respeto y compasion, no vanas palabras, é inútiles frases.

Y así separándose de aquel lugar, recogieronse las santas compañeras de la desolada Madre, acompañadas del fidelísimo Juan, en una estrecha gruta, formada por la hendidura de una roca en el punto donde empezaba el declive de la montaña, hácia la parte que se unia con las que formaban el pavoroso valle Gion. Yo no sé qué recuerdos suscitó aquella cueva á la pobre Madre de Cristo, porque abundantes lágrimas surcaron sus mejillas sin color, y profundos gemidos escapáronse de su pecho tan tierno, tan amoroso, y tan desgarrado por el infortunio. Tal vez se le representaba la gruta del nacimiento en Belen, y comparaba las escenas allí transcurridas, con las escenas que se

representaban en el Calvario; tal vez recordaba las grutas en que hubo de ocultarse con José y con el Niño Jesús, cuando para salvar la vida inestimable de su Hijo, amenazada por el impío Herodes, huia llena de congoja á la tierra del destierro; tal vez... ¡Ah! ¿quién será capaz de referir lo que en aquel momento de angustia pasaba por el alma de María, y los recuerdos que la gruta donde se cobijara le llevaba á la memoria?...

Mientras tanto los verdugos acercáronse al Salvador, y le dijeron con entonacion bronca, brutal y fiera:

—Ha llegado tu vez.

Los enemigos del Cristo, los malvados judíos gritaban, aplaudian, y daban muestras evidentes del regocijo que llenaba sus almas, entregándose á extremos de un frenesí tan repugnante, que á los mismos judíos avergonzaran si los vieran en otros.

Y entre el estruendo y la chacota universal, uno de los soldados acercóse al Cristo, púsole las manos desapiadadamente encima, y empezó á desnudarle de las sagradas vestiduras, que siendo entre los romanos, trofeos de los ejecutores de la sentencia, pertenecian por derecho á los verdugos del Señor.

Por la cuenta que les traia, procuraron sacarlas á Cristo completamente enteras, y así lo fueron practicando, hasta llegar á la túnica interior, llamada inconsútil, porque era toda de una pieza, y para la construccion de la cual no habia la tierna Miriam empleado una aguja. Aquella túnica, para nosotros una joya de valor incalculable, lo era tambien para los soldados, que pensaban por ella sacar muy buenos denarios. El cuidado mismo, con que procuráronla sacar del cuerpo divino, desgarró espantosamente á la divina humanidad, porque como estaba pegada á las múltiples

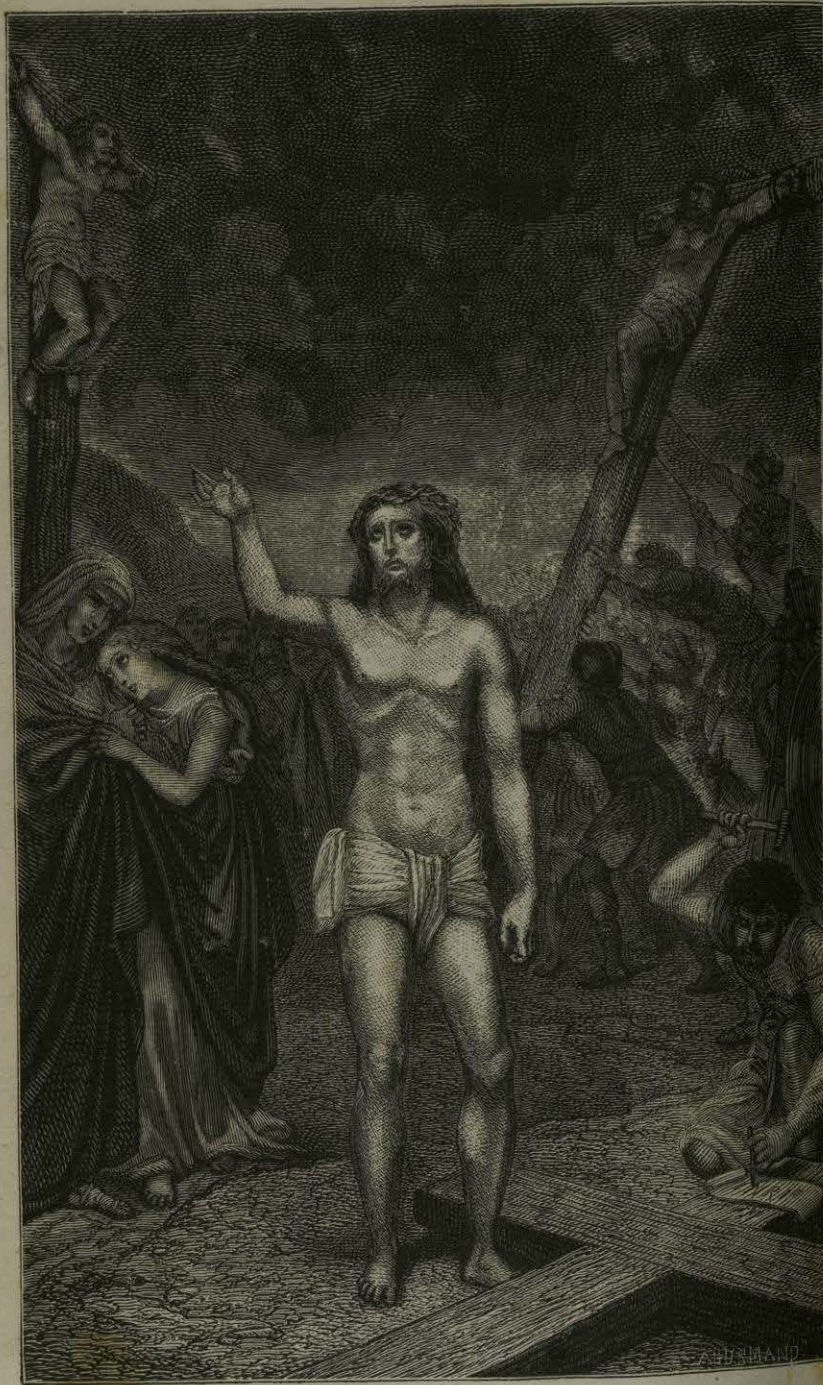
llagas que tenia Jesucristo abiertas en el cuerpo sagrado, estas llagas se abrian cuando los sayones desprendian la túnica de ellas, produciendo á Cristo por toda la extension de su cuerpo un dolor tan intenso, tan vivo, tan general, como sabrán apreciar y calcular nuestros apreciables lectores, mejor de lo que nosotros acertaríamos á describirlo.

Por fin sangrando por todas partes, y despedazada la divina humanidad por tantos dolores como hacian presa de ella, quedóse nudo á la presencia de todos, el que habia vestido á Adan y Eva en el paraíso, antes de arrojarles de allí por culpa de sus pecados. El espectáculo sangriento y horripilante que ofrecia Jesucristo desollado por todas partes, produjo una nueva esplosion de regocijo y de fiereza entre sus enemigos los hebreos. La cruz se hallaba tendida á los piés de Cristo, y uno de los verdugos acababa de abrir el hoyo donde debia plantarse la cruz, para que de ella brotase el fruto eterno de la redencion. No habia tiempo que perder, y la voluntaria y nobilísima Víctima, dispúsose al último período del sacrificio.

Jesucristo, pues, pensó en su Padre celestial y en los hombres, y enseñando á los cielos y á la tierra la desnudez de un Dios redentor, sufrida para redimir á sus criaturas, tendiendo blandamente los brazos, y penetrando con su mirada tierna el velo del firmamento, con voz triste y cariñosa, voz en la cual se leia la divina decision y el infinito amor que impulsaban á Jesús, dijo:

—La Víctima está pronta y el altar ya espera. ¡Recibe propicio mi amorosa ofrenda, Padre mio!...

Apenas el eco de estas dulcísimas palabras se hubo perdido en el espacio, cuando uno de los verdugos, armado de una cuerda acercóse al Cristo con repugnante fiereza, y dijo:



—La víctima está pronta y el altar ya espera. Recibe propicio mi amorosa ofrenda, Padre mio.

—Y aquí está el sacrificador... Tiéndete, pues, sobre el altar, Víctima voluntaria, y ya verás cuan pronto despachamos.

Y diciendo esto dió un empujon á Jesús, haciéndole caer de golpe sobre la cruz rústica y sin pulir que le esperaba, tendida á sus piés. Durísimo debia ser el dolor que experimentó el Cristo al caer de espaldas sobre el rústico y duro madero, pero ni un gemido escapóse de sus labios, ni su rostro divino se alteró. Con los ojos puestos triste y amorosamente en el cielo, parecia insensible á todas las torturas, cuando era el hombre que mas sufría, de cuantos hombres habian hasta entonces poblado la tierra. El amor de su corazon divino, enamorado de la humana raza, hizo que Cristo presentara voluntariamente una de sus manos, para que fuese taladrada por el clavo, récio de forma, y de punta obtusa, que un verdugo le puso sobre la palma de la mano...

Luego sonó un martillazo sordo pero violento, y un gemido ligero pero tristísimo hirió los aires... despues el martillo dió un segundo, un tercer, un cuarto golpe, y otros tantos gemidos débiles y tristes como el primero, agitaron el aire... La mano diestra del Redentor taladrada por el clavo, y vertiendo un raudal de sangre, se hallaba ya fija en la dura cruz. Otros martillazos hundieron mas y mas el clavo, hasta que la cabeza de este comprimia la desgarrada palma de la mano sobre la cruz...

Jesucristo temblaba, agitado por una violenta convulsion nerviosa, y los malvados judíos insultaban su dolor, unos con groseras pullas, otros con risotadas infernales, y algunos remedando las violentas contorsiones del divino Mártir... El firmamento, mas sensible á los padecimientos de su Hacedor, que las ingratas criaturas racionales, per-

dió de improviso su radiante y hermosa trasparencia azul, y tomó un tinte aplomado; el sol entristeció sus esplendentes rayos, que caían sobre la tierra tristes como lágrimas... ¡Solo los hombres, inaccesibles á todo sentimiento delicado, seguían continuando su malvada empresa de atormentar al Hijo de Dios!...

La misma escena trascurrída al enclavar la mano diestra del Cristo, repitióse con la mano izquierda y con los piés... Las convulsiones nerviosas en el Redentor se repetían sin cesar, y su cuerpo divino chorreando sangre, ora hacia sacudir la cabeza coronada de espinas contra la cruz, aumentando de esta manera los atrocísimos dolores, ora rasgando las heridas de los piés y de las manos, daba á tan indescriptible tormento unas proporciones de todo punto inenarrables.

Por fin los verdugos enarbolaron en alto la cruz, dejándola caer de golpe en el profundo agujero, que para fijarla en tierra habían abierto, y con el golpe de la cruz recibió el divino Mártir una sacudida horrenda, que le rasgó de nuevo las heridas de las manos y de los piés, las cuales manaban sangre y dolores, como mana aguas cristalinas el purísimo manantial. La cruz fue definitivamente fijada en tierra, y el agujero donde se enclavaba lleno de piedras y tierra duramente apisonadas.

Jesucristo fijó sus benignos ojos en el cielo, para elevar al Eterno la oración de amor, con que le ofrecía aquel cruento y doloroso sacrificio; y como para poner á los ángeles por testigos de lo mucho que amaba á los hombres.

En aquel momento la explosión de las iras del populacho, dió á comprender á María lo que de suceder acababa, y el corazón le dijo que su presencia era necesaria ya al pié de la cruz, para consolar con su presencia el aban-

dono y el horrendo desamparo de Cristo; para contribuir por su parte, con el espontáneo sacrificio de la Víctima sagrada, que hacia su alma inmaculada, á la redención de los hombres, para la cual habíale Jesucristo unido tan íntimamente á sí.

Desalada salió María de la gruta donde hasta entonces permaneciera: su corazón desgarrado volaba al pié de la cruz, de la que pendía el Hijo que adoraba: al menos no habiendo podido ser crucificada con él, participaría de sus dolores, asistiendo á su terrible agonía. Juan y las santas mujeres, todas llorosas, todas desmayadas la acompañaban y sin pensar que se hallaban rodeadas de un populacho frenético, postráronse al pié de la cruz, donde ya estaba la desolada Madre abrazando el madero ensangrentado, y cubriéndolo de besos, y regándolo con sus lágrimas.

Jesucristo en medio de sus tormentos, fijó una mirada tristísima en el cuadro que María, Juan y las santas mujeres ofrecían al pié de la cruz, y en presencia de la prueba del amoroso interés que le daban aquellos tiernos corazones, sintió que una lágrima se desprendía de sus oscurecidos ojos, y que rodando por sus mejillas divinas, venía á caer sobre la frente de la más digna y más infeliz de las mujeres, como cae una gota de rocío sobre el cáliz de la más hermosa flor, en las alboradas de mayo.

María no equivocándose sobre la procedencia de aquellas lágrimas divinas que mojaban su frente inmaculada, levantó los ojos, y los puso en su adorado Jesús. Estaban llenos de lágrimas: quiso hablar, quiso decir á su Hijo divino una palabra de consuelo, pero no pudo, porque los sollozos habían formado en su garganta un nudo estrecho... Después con los ojos vueltos á Jesús, y la cabeza blanda-

mente apoyada en el madero del suplicio, estuvo llorando y gimiendo, sin ocuparse de otra cosa que de los tormentos de su Redentor; sin pedir al Eterno otra cosa que fuerzas para presenciar sin morir, la terrible escena de la agonía de Jesucristo, puesto que su presencia debía ser el único consuelo que experimentara el divino Cristo, mientras que se anegaba en aquel mar de infinitos, de imponderables dolores.

Era entonces como la hora de las doce del día. El sol que había empezado á oscurecerse en el acto de taladrar los verdugos con el primer clavo la mano diestra del Salvador, iba palideciendo cada vez mas, como si tuviera conciencia del inícuo crimen de los hombres, é irritado quisiera para siempre privarles de sus vivificantes rayos, ó mejor, como si viendo la crueldad de los hombres y los tormentos de Cristo, quisiera demostrar su tristeza oscureciendo sus brillantes rayos, y ocultándolos en su propio seno, mientras agonizara el que con una sola palabra hábale criado.

Algunos rayos de luz alumbraban la escena aun, y á favor de aquellos rayos, pudieron los sacerdotes malditos leer el título de la causa de su inocente y nobilísima Víctima, que escrito en gruesos caracteres, decia lo mismo en tres lenguas diferentes; estas lenguas eran la latina, la hebrea y la griega, y dicho título se hallaba fijo en el tronco de la cruz que se levantaba sobre la cabeza del divino Mártir.

Los malvados judíos leyeron con rabia inaudita aquella inscripcion, que era un padron de ignominia para la raza de Judá; que era una especie de cartel de desafío que arrojaba la altanera Roma á los israelitas deicidas, por medio del cobarde, del injusto, del deicida Pilatos: Aquel cartel decia:

JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.

Heridos hasta el profundo de sus almas detestables, comprendieron los fariseos y los sacerdotes lo que aquello significaba, y pretendiendo reivindicar su independencia, una comision de ellos, al frente de los cuales se hallaba el maldito Onkelos, presentóse al pretorio, para conseguir de Pilatos que hiciera modificar la inscripcion de la cruz.

—No escribas que es el rey de los judíos;—le dijeron;—sino que él se publicaba por rey de Israel.

Pilatos, arrepentido tal vez de haber accedido á las exigencias del populacho hebreo, que aquella comision de miserables representaba, con aire despótico y humillante les dijo:

—No retiro ni una palabra. Lo que he escrito, bien escrito está!

Y luego con ademan altanero é imperativo, señalóles la puerta del salon, volviéndoles las espaldas con sumo desprecio. Mordiéndose la lengua regresaron al Calvario aquellos malvados, blasfemando de Dios, y maldiciendo á Pilatos.

Poco antes los soldados, para no rasgar la túnica inconsútil, echaron suertes sobre ella, á fin de no hacerla pedazos para repartírsela. La profecía que lo anunciaba hallábase fielmente cumplida.